

2

Son las diez y media de la noche y mi avión, procedente de Ámsterdam, inicia el descenso sobre Nairobi, capital de Kenia, ciudad que junto con Johannesburgo —Sudáfrica— y Lagos —Nigeria— tiene el índice criminal más alto de África.

La reputación de Nairobi es tan mala que, haciendo un juego de palabras, la llaman *Night Robbery*, que en inglés suenan similares —*night* significa ‘noche’ y *robbery*, ‘robo’—. Nairobi, definitivamente, es una ciudad donde hay que tomar máximas precauciones.

¿Máximas precauciones? Bueno, saber adónde querés llegar, qué zonas de la ciudad no hay que transitar y no andar de noche por la calle son tan importantes como las que más, y justamente las que esta noche no podré cumplir.

Apenas se detiene el avión los pasajeros se levantan, sin esperar a que se apaguen las señales de *ajuste su cinturón*. Empieza a sonar la música ambiental, pero es interrumpida por la imperativa voz de la azafata: *Damas y caballeros, por favor, permanezcan en sus asientos hasta que la señal de ajuste su cinturón se haya apagado*. Nadie le hace caso y aquellos que ya bajaron su equipaje de mano se empujan por el pasillo hacia la puerta de salida.

No menos de una hora después, apretado junto a los otros impacientes pasajeros, espero por donde se supone que va a aparecer la mochila, cuando por los altavoces anuncian que

el equipaje ya está disponible en otro salón. Durmiendo sobre unos carros, las cansadas valijas son entregadas a aquellos que tienen en la mano un billete de propina. A cambio de un dólar me entregan la mochila, hago Inmigraciones y al salir encuentro una barrera de hombres que gritando ofrecen taxi, hotel, cambio de dinero, lo que sea.

—*Asante, jasante sana!* —‘Gracias, ¡muchas gracias!’ repito en suajili, que junto con el inglés, heredado de la colonización británica, son los dos idiomas oficiales de Kenia, y como si estuviera jugando al rugby, con la mochila bien agarrada debajo de un brazo, me abro camino entre la barrera de hombres hasta llegar a un cambio de monedas oficial.

Cambio cien dólares, que tenía a mano para no andar mostrando dinero, vuelvo a observar la barrera de hombres que ofrecen servicios a los gritos y en un rápido diálogo interior desecho la posibilidad de quedarme en el aeropuerto hasta el amanecer. Suelto de cuerpo, intentando pasar por conocedor del lugar, me abro camino hasta una ventanilla de taxis oficiales prepagos y contrato un viaje al *hostel* Milimani, en la calle del mismo nombre.

—Permítame el recibo, señor —me pide en inglés un hombre de veintipocos años con una tarjeta colgada del cuello que lo acredita como conductor de un taxi oficial prepago.

—*Jambo* —lo saludo, que en suajili significa ‘hola’.

—*Jambo*. Sígame, por favor —e intenta tomar la mochila.

—Yo la llevo —y sin moverme del lugar, pregunto—: ¿Conoce el *hostel* Milimani en la calle Milimani?

—Sí, señor.

—Vamos entonces.

Llegamos al coche y, cuando el chofer abre la valija para guardar la mochila, le digo que la voy a llevar conmigo

dentro del auto. Me siento atrás del conductor y la pongo a mi lado, de tal forma que no se vea de afuera. Apenas nos alejamos del aeropuerto nos envuelve la noche. El único alumbrado son las luces del taxi, las de los contados coches que circulan y la de la luna menguante. Unos diez minutos después salimos de la fantasmal ruta para entrar por una calle angosta, sinuosa y oscura, donde cada tanto aparece un cerco muy alto, seguido de una entrada poco iluminada con aspecto de infranqueable. Así seguimos un rato, hasta que el conductor, rompiendo el tenso silencio, me habla en suajili.

—Prefiero hablar en inglés —le hago saber.

—Estoy confundido con la calle Milimani.

—En el aeropuerto usted dijo que sabía.

—Sí, lo dije —y hace una larga pausa—. Pero ahora estoy confundido. ¿Usted me puede ayudar?

Un estado de atención superior al que ya tengo se activa. Mi intento por pasar por una persona local o al menos conocedora y que sabe lo que hace se lo tragó la gruesa vegetación que nos acompaña a los lados del camino. Hace rato que no cruzamos otro coche. Contenido, pero en estado de alerta total, respiro profundo y fuerte como un toro que en el ruedo prepara su ataque, me reacomodo en mi asiento tratando de verle las manos al conductor y de poder moverme con facilidad si es necesario. Con voz segura le ordeno:

—Vamos al hotel, restaurante o negocio más cercano y ahí preguntamos.

La raya blanca del asfalto que divide la calle, alumbrada por la luz del auto, corre frente a nosotros como una mecha encendida. El conductor no me puede ver porque estoy sentado detrás de él, así que me muevo un poco como para hacerle sentir que si intenta algo, yo estoy en ventaja. Por

un instante pienso que quizás estoy exagerando, pero mi estado de alerta no para de crecer. Estoy crispado como un gato al que lo acecha un perro, dispuesto a dar pelea. Un lugar desconocido, oscuridad, sin gente, en una ciudad con pésima reputación... El conductor detiene el coche, saca su celular y...

—No detenga el auto y en vez de llamar diríjase a cualquier hotel o negocio que esté abierto —ordeno.

—Es que...

—Usted dijo que sabía y ahora no sabe. Vamos a un hotel y ahí preguntamos.

—Conozco gente que me va a saber decir —y llama.

Mi paranoia es que el taxista, habiéndome aislado pero sin sentirse seguro, ahora llame a otro para consumir el robo. Mientras lo hace, el extremo estado de alerta edita en mi cabeza una instantánea de imágenes que me transporta a situaciones límite que se me presentaron en otros viajes: San Pedro Sula —Honduras—, Nom Pen —Camboya—, Buenos Aires, pero ninguna como la de las pirámides de Guiza, cerca de El Cairo, donde al caer la tarde en cinco minutos desaparecieron los ómnibus turísticos con su carga, los vendedores, la policía, y dos hombres locales vestidos con sus túnicas, caminando tensos a mis espaldas, uno de cada lado, metieron sus manos bajo sus prendas buscando algo y... De la desesperación con la que corrí hasta un puesto militar que recordaba haber visto unos cientos de metros más adelante nunca pude saber qué era lo que buscaban. En aquella ocasión me había puesto a salvo por hacerle caso a mi intuición y por actuar con determinación. Al menos, ya sé cómo tengo que actuar.

El conductor termina su llamada y arranca en la misma dirección por donde veníamos. A medida que avanzamos,

el camino, ahora de tierra, empeora. La oscuridad es total. A los costados, el mato se dibuja como una interminable pared que, como mucho, está a un metro del auto. Ya no aparecen cercos ni entradas. De un bolsillo superior de la mochila saco una pequeña y filosa sevillana que, en general, uso para cortar frutas. La abro y la mantengo firme con la mano derecha. Mi atención se divide entre el lugar por donde avanzamos, qué pasa a los costados y si atrás aparece otro coche o una persona o... El conductor, una vez más, detiene el coche. Observa en los alrededores como si buscara algo. No hay nada que buscar. Vuelve a agarrar el celular. Miro al frente y descubro que el camino termina unos metros más adelante. Es un callejón selvático. Alejo la mochila para hacerme espacio y me apronto para salir del coche y correr. Sé que desandando el camino, no muy lejos, voy a encontrar una de las mal iluminadas entradas de propiedad. El conductor nuevamente empieza a hablar por teléfono. Abro mi puerta dispuesto a correr con la mochila. De reojo, el taxista mira a ver qué es lo que pasa. Lo siento asustado.

—Señor, por favor, cierre la puerta —pide a modo de súplica, con la voz quebrada—. Por favor, ciérrela. La luz atrae a los animales.

No la cierro. El conductor, como quien escapa de un vampiro, maniobra el coche hasta quedar en la dirección opuesta y arranca a velocidad. Sin bajar la tensión seguimos hasta que un iluminado edificio disuelve la oscuridad.

—Vamos hasta ahí —ordenó, y entonces recién cierro la puerta.

Bajamos del coche y entramos al hotel. Siento que llegué a destino, que tengo control de la situación y nada malo me va a pasar. En inglés, creo que para que yo entienda, el taxista pregunta por el hostel que buscamos. Es muy cerca.

En cinco minutos llegamos a nuestro destino. Bajo con la mochila y toco timbre en un alto portón de metal que da la sensación de inexpugnable. Del otro lado se oye clara y fuerte la voz de un hombre hablando en suajili. El conductor, que también bajó, contesta. La blindada puerta, lentamente, se empieza a abrir. Aquello es una fortaleza. Dos hombres, uno de ellos con un rifle, me dan la bienvenida, y cuando voy a entrar...

—Señor —balbucea el taxista.

—¿Sí?

—Le quiero pedir disculpas, señor. Sé que le hice pasar un mal momento.

—Muy mal momento.

—Me equivoqué de camino. Le pido disculpas. Pero, señor, por favor, escuche mi consejo: mientras esté en Kenia, no vuelva a dejar abierta la puerta del auto de noche en un lugar donde no hay gente y hay mucha vegetación. Nunca vaya a andar de noche por uno de esos lugares. Uno nunca sabe qué animal puede estar cerca. Tenga presente que usted ahora está en Kenia.

El paso del tiempo le daría la razón.